

Combates por la sociología

Andrés Pedreño Cánovas

Departamento de Sociología, Universidad de Murcia

<https://dx.doi.org/10.5209/stra.96658>

Recibido: 27-05-2024

Resumen: En este texto se apuntan, desde una cierta pretensión de manejar las herramientas del autoanálisis sociológico, unas pinceladas reflexivas del proceso de producción de una tesis doctoral sobre los trabajadores agrarios del campo murciano realizada hace casi 30 años. Ello se hace con la voluntad de extraer algunas enseñanzas por si las mismas pudieran servir y contribuir a animar a los jóvenes investigadores que están iniciando una tesis doctoral.

Palabras clave: reflexividad y tesis doctoral; autoanálisis del trabajo sociológico.

ENG Combats for Sociology

Abstract: In this text, from a certain pretension of handling the tools of sociological self-analysis, some reflective brushstrokes of the production process of a doctoral thesis on agricultural workers in the Murcian countryside carried out almost 30 years ago are pointed out. This is done with the intention of extracting some lessons in case they could be useful and contribute to encourage young researchers who are starting a doctoral thesis.

Keywords: reflexivity and doctoral thesis; self-analysis of sociological work.

Cómo citar: Pedreño Cánovas, A. (2024). Combates por la sociología. *Sociología del Trabajo* 103, 3-7

A la memoria de Miguel Poveda Navarro (1955-2024), sociólogo y amigo que falleció el pasado 3 de junio. Su fallecimiento ha venido a coincidir con esta reflexión sobre el proceso de creación de mi tesis doctoral. Tengo un inmenso agradecimiento y reconocimiento a todo lo que aportó a mi trabajo doctoral. Con Miguel, en los años de la tesis, compartí innumerables encuentros y vivencias. Un hombre generoso y leal, heterodoxo y cultivador de un marxismo abierto. Fuera de la academia creó una inmensa biblioteca particular de obras de sociología, economía política y geografía crítica. Disfrutaba de la conversación para generar intuiciones sociológicas aplicables al conocimiento histórico y empírico de la Región. Todos estos recursos los puso a mi disposición y nunca le agradeceré lo suficiente su compañía y afecto durante la travesía de la tesis y después. Tengo aún recuerdos vívidos de aquellos viajes por las carreteras de la Región, aprendiendo a leer sociológicamente el paisaje. Siempre me insistía en la necesidad de articular la materialidad del trabajo con los modos de organización del territorio. En los últimos meses de su vida, en una Residencia, tras una delicada operación de corazón, seguía leyendo sociología con admirable disciplina. En las visitas que le hice seguimos conversando de la situación política y social del país, y también, mucho, sobre Gaza y Ucrania. En varias ocasiones repitió que ya no conseguía comprender el despiadado mundo que se levantaba a nuestro alrededor. Pero, nunca dejó de confiar en las posibilidades de una ciencia social cada vez más sólida, crítica y compleja.

1. No son suficientes el método sociológico y el método crítico para embarcarse en una tesis doctoral, siendo ambos imprescindibles para el buen desarrollo de la misma. El sociólogo (o la socióloga) es digno de este hermoso nombre cuando “se lanza completamente a la vida con la sensación de que, sumergiéndose en ella, bañándose en ella, penetrando en ella la humanidad presente, despliega sus fuerzas de investigación” (Febvre, 1974, p. 71).

Leídas desde hoy, las conferencias que pronunciara Lucien Febvre en el Colegio de Francia, en la década de los 40 y 50 del pasado siglo, siguen manteniendo la apasionada fuerza con la que el célebre historiador francés llama a su joven audiencia de estudiantes a los “combates por la historia”, en aquellas memorables conferencias que tituló “Vivir la historia: palabras de iniciación”, dirigidas a los estudiantes de la Escuela Normal Superior en el comienzo de curso de 1941.

Últimamente he citado en varias ocasiones este texto de Lucien Febvre, que tengo muy presente. Por ello me he permitido parafrasearlo para terminar citando su llamada a “sumergirse en la vida” como condición de posibilidad de una investigación comprometida con el rigor y con capacidad de interpelar a la sociedad en la que toma forma. No se invoca aquí la relación distante de observador de la realidad, propia del método positivo, sino la del investigador que se “arremanga” en la praxis:

“... hay que vivir también una vida práctica. No hay que contentarse con ver desde la orilla, perezosamente, lo que ocurre en el mar enfurecido. Cuando el barco esté amenazado [...] hay que arremangarse [...]. Y ayudar a los marineros en la maniobra.

¿Es eso todo? No. Eso apenas es nada si tenéis que continuar separando la acción del pensamiento, la vida como historiador de la vida como hombre. Entre la acción y el pensamiento no hay ningún tabique, ninguna barrera. Es preciso que la historia deje de aparecer como una necrópolis dormida por la que sólo pasan sombras despojadas de sustancia. Es preciso que penetréis en el viejo palacio silencioso donde la historia duerme, animados por la lucha, cubiertos de polvo del combate y de la coagulada sangre del monstruo vencido, y que, abriendo las ventanas de par en par, con la sala llena de luz y restablecido el sonido, despertéis con vuestra propia vida, con vuestra vida caliente y joven, la vida helada de la Princesa dormida...” (Febvre, 1974, pp. 56-57).

Años después Pierre Bourdieu plantearía a los investigadores que se inician en la sociología la necesidad de emprender el “autoanálisis de un sociólogo” (Bourdieu, 1986) para generar esas mismas disposiciones que reclamara el historiador para su joven audiencia de futuros historiadores.

Quizás en la misma selección del objeto de investigación para hacer una tesis doctoral esté ya palpando una experiencia de vida. Un autoanálisis sociológico revelaría esa imbricación entre vida y tesis doctoral. En mi caso esto es fácil de constatar...

Pasé buena parte de mi infancia y adolescencia en una pequeña pedanía del Campo de Cartagena. Era un mundo de agricultores de secano, vides, cereal, algarrobos, almendros y olivos. Desde fines de los 70, el trasvase Tajo-Segura que dotó de agua a aquellos campos, junto a los planes de concentración parcelaria del IRYDA, sentarán las bases para la brusca transformación de ese paisaje agrario de mi niñez. Crecí viendo a mi alrededor cómo los algarrobos eran talados para sustituirlos por campos de algodón, lechuga o pimiento de bola, del mismo modo que la intrincada red de caminos y vías pecuarias que utilizábamos para aventurarnos en largas travesías de bicicleta desaparecía bajo las roturaciones exigidas por la racionalización de las fincas y el asfaltado de las “carreteras de servicio”. Se levantó así una especie de polígono agroindustrial, el cual se poblaba de cuadrillas de jornaleros manchegos y andaluces, de mujeres ataviadas con grandes sombreros para protegerse del sol y que se desplazaban en bicicleta a recoger las cosechas. Con el tiempo llegarían los trabajadores inmigrantes procedentes de Marruecos.

Con todo este bagaje, cuando me planteé realizar una tesis doctoral, el objeto de investigación estaba cantado. Con el tiempo he llegado a comprender que seguramente los hechos más determinantes a la hora de definir mi objeto de tesis tuvieron que ver con la vivencia durante la infancia y adolescencia de la transformación de un territorio en el que se anudaban intensos afectos biográficos. Por ello, hoy, a mis doctorandos, les sigo planteando en algún momento que hagan una autorreflexión sobre su propia tesis. “A menudo, les digo, optamos por un objeto de estudio con el que también queremos explicarnos a nosotros mismos”. No es tanto una finalidad terapéutica lo que me conduce a dar este tipo de consejos. Más bien tomo nota de la validez científica que Bourdieu dio a la “investigación sobre la investigación y sobre el investigador”:

“... uno de los recursos más escasos del dominio práctico que define el oficio del sociólogo y del que forma parte, en primer lugar, lo que se llama la intuición, es, tal vez, en definitiva, el empleo científico de una experiencia social que, siempre y cuando haya sido sometida previamente a la crítica sociológica, puede, por muy desprovista de valor social que puede estar en sí misma, y precisamente cuando ha ido pareja con crisis (de conversión y de reconversión)¹, deja de representar una desventaja y pasar a ser un capital ... Me limitaré a indicar únicamente que, de forma más general, es a costa de una auténtica conversión epistemológica, irreductible a lo que la fenomenología llama *epoché*, como la vivencia, en sí misma absolutamente desprovista de pertinencia, puede entrar en el análisis científico (Bourdieu, 2006, p. 93).

2. Sobre todo, en un primer momento, me interesaron las luchas de los trabajadores. Siendo estudiante de sociología a fines de los 80, en el contexto de “aquella” Facultad de CC Políticas y Sociología de la UCM, especialmente receptiva a todo tipo de movimiento social y experimentación política, tuve acceso a un vibrante dossier que un militante de la izquierda regional murciana había compilado, en base a noticias de prensa y de vivencias propias, sobre las huelgas jornaleras que tuvieron lugar en aquellos años en el campo murciano. Recuerdo leer todo aquello con emoción. Escribí ejercicios de clase para las asignaturas de sociología rural, sociología industrial y sociología del trabajo sobre “la identidad jornalera” a partir de lecturas muy incipientes de E. P. Thompson.

¹ Bourdieu se está refiriendo aquí a su descubrimiento en su Bearn natal de una auténtica crisis de la reproducción social campesina por las dificultades de puesta en marcha de estrategias matrimoniales y, por tanto, por la generalización del celibato. A esto dedicó una memorable investigación. Véase Bourdieu, 2009.

En aquella época todavía creía que podía conectar aquellas luchas del campo con toda la tradición de conflictividad por la tierra de los trabajadores de Andalucía o Extremadura, sobre la que habían investigado sociólogos e historiadores en textos clásicos. Pronto me daría cuenta de lo infundado de esa asociación incipiente. Y este descubrimiento recuerdo vivirlo con ambivalencia.

Por un lado, tal descubrimiento significaba un cierto desamparo bibliográfico, pues la mayor parte de la bibliografía sobre los trabajadores agrícolas estaban referidos a las luchas históricas de los jornaleros meridionales por la tierra o a la crisis de su conciencia histórica como campesinos sin tierras. Pero, por otro lado, este desamparo ante “una nueva realidad” apenas estudiada implicaba que disponía de una pregunta de investigación respecto a quiénes eran esos “nuevos asalariados agrícolas” —sobre sus condiciones de producción y reproducción social— que el despliegue de la agricultura intensiva mediterránea estaba requiriendo. ¡Y disponer de una pregunta de investigación es tan fundamental! Precisamente textos clásicos sobre la crisis de la conciencia histórica jornalera de Alfonso Ortí o sobre la crisis del latifundio de Martínez Alier me posibilitaron plantear la pregunta de investigación en términos de ruptura: “del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales” (fue el título de la tesis).

La conquista de la pregunta de investigación es un momento revelador en la escritura de una tesis. No se hace esto en soledad. Requiere de hablar y pisar mucho el territorio.

El terreno es un maestro sociológico. Con el tiempo he hecho mía la expresión acuñada por David Harvey sobre su perspectiva de investigación —materialismo geográfico— y le he dado un cierto cambio de matiz: “materialista paisajero”. La metáfora de los estratos geográficos de Doreen Massey me llevó a visualizar mi objeto de investigación en el paisaje de una pedanía del Campo de Cartagena: una vieja hacienda decimonónica abandonada —que aún conserva el hermoso edificio residencial principal, la ermita, la era del trigo y las viviendas que alojaban a los jornaleros— ahora rodeada de modernos cultivos intensivos y un enorme almacén de confección de productos agrícolas (con el mismo nombre que la vieja hacienda). ¡Allí tenía una estratificación sociohistórica!

No solamente recogí esta impresión paisajera sobre la hacienda de Roda en la introducción de la tesis, sino que en las innumerables excursiones con estudiantes o investigadores en las que he ejercido de “guía” para explicar las transformaciones del Campo de Cartagena, esta hacienda ha sido siempre parada obligatoria. El paisaje, con sus estratos sociohistóricos, nos revela muchas cosas.

Lucien Febvre subraya la importancia que tiene la pregunta de investigación mediante una comparación con la práctica campesina: “me veo obligado a declarar en bien del oficio, de la técnica, del esfuerzo científico, que, si el historiador no se plantea problemas, o planteándose los no formula hipótesis para resolverlos, está atrasado con respecto al último de nuestros campesinos. Porque los campesinos saben que no es conveniente llevar a los animales a la buena de Dios para que pasten en el primer campo que aparezcan: los campesinos apriscan el ganado, lo atan a una estaca y le obligan a pacer en un lugar mejor que en otro. Y saben por qué” (Febvre, 1974, p. 44).

Si Lucien Febvre emplea esta analogía campesina es en su empeño por mostrar la centralidad de la vivencia de un paisaje para la práctica investigadora. Se escribe desde el arraigo a un paisaje y a un paisanaje. El paisaje conforma, para el investigador, un aprendizaje. Febvre dice que tiene un “alma de papel” (sus lecturas, sus maestros) y un “alma campestre y rústica”. Lo contó así:

“La tierra fue para mí la otra maestra de historia. Los veinte primeros años de mi vida transcurrieron en Nancy; y allí en mis recorridos por la espesa arboleda de los bosques de Haye, descubriendo uno tras otro, claramente perfilados, los horizontes de las costas y de los llanos de Lorena, reuní un puñado de recuerdos e impresiones que no me abandonarán nunca” (Febvre, 1974, pp. 6-7).

Las líneas dedicadas a continuación a evocar su Franco Condado son deliciosas. Y concluirá: “al reunirse en mí la doble aspereza, crítica, polémica y guerrera, del Franco Condado y de Lorena, no acepté de buen grado la historia de los vencidos de 1870, sus temblorosas prudencias, sus renunciaciones ante toda síntesis, su culto por el “hecho”, laborioso, pero intelectualmente perezoso y ese gusto casi exclusivo por la historia diplomática” (Febvre, 1974, p. 8).

La vivencia de un paisaje y sus gentes forman parte de las artes del científico social. Cuando Pierre Bourdieu animaba a los sociólogos a la realización de un “autoanálisis”: insistía en que “comprender significa comprender primero el campo con el cual y contra el cual uno se ha ido haciendo” (Bourdieu, 2006, p. 17). Mi trayectoria vital en el Campo de Cartagena está imbricada con mis tomas de posición en el campo de la sociología. Una apuesta por un modo de hacer investigación apegado al territorio, alejado de los objetos encantados y deslumbrados por el proceso de modernización.

Efectivamente, una investigación arraigada en un territorio posibilita la observación densa de procesos sociales imbricados entre sí que suponen un auténtico reto para el científico social. Hace unos años, Pablo López Calle me planteó colaborar en una investigación sobre los trabajadores del sector de la logística en Holanda. De inmediato entendí perfectamente a lo que se refería cuando me aseguró que aquello era “un laboratorio” donde analizar las nuevas lógicas del capitalismo global, la movilidad de los trabajadores desde las regiones del sur de Europa o las prácticas laborales emergentes. Un laboratorio sociológico implica una labor de equipo, tal y como nos lo enseñaron los sociólogos de Chicago.

El análisis sociológico fundamentado territorialmente compone un programa de investigación, en el que además las fronteras disciplinares se disipan. En ese laboratorio sociológico en el que hemos convertido el campo murciano nos hemos visto obligados a dialogar desde la sociología con campos afines como la historia, la economía política o la literatura. O a hibridar las sociologías del trabajo, de las migraciones, del género o de la ruralidad.

3. Podría parecer que el modelo de “la soledad del corredor de fondo” es el método propio de la realización de una tesis y no se insistirá nunca suficiente en lo erróneo de tal apreciación. Me inclino a pensar que “la práctica coral” es una metáfora más adecuada para dar cuenta de cómo se compone una tesis doctoral, como “búsqueda paciente, cuidadosa, creativa, exigente, minuciosa, alegre y novedosa para la conformación de un instrumento llamado coro, atendiendo distintos elementos musicales de estilo y género, mediante una técnica vocal y metodologías apropiadas” (según la definición que da la Wikipedia). La conversión de un territorio en un laboratorio de investigación social exige esa práctica coral.

Cuántas conversaciones han sido necesarias para hacerme consciente de cada una de las certezas que estoy tratando de aportar aquí sobre mi práctica investigadora. Quizás he relatado con demasiada alegría cómo llegué a la pregunta de investigación arriba formulada, pues en realidad exigí un proceso arduo hasta componer un mapa conceptual con el que orientarme. Tengo muy claro los momentos en los que conseguí avanzar en esa labor, pues todos ellos están relacionados con tal o cual conversación con un colega, tal o cual presentación en un seminario, tal o cual viaje, bar, hotel o sendero por el monte.

En los años de la tesis tuve la inmensa fortuna de beneficiarme de un seminario sobre estudios rurales que había creado un profesor de la facultad, Josechu Vicente-Mazariegos. Este espacio de conversación e investigación fue muy estimulante pues allí encontré un buen número de investigadores (Luis Camarero, Jesús Oliva, Rosario Sampedro, etc.) que, cada uno desde su caso particular, aportaban diagnósticos fundamentados empíricamente sobre “las transformaciones de la ruralidad en la sociedad itinerante”. Mi pregunta de tesis sobre la formación de una nueva agricultura que denominaría “factorías vegetales” y unas nuevas lógicas de trabajo en torno a la relación salarial y la movilidad espacial cobraba todo su sentido sociológico en el marco de una discusión más amplia sobre las transformaciones rurales.

Igualmente, tuvo un efecto similar el hecho de verme involucrado en un seminario sobre economía sumergida que organizaron a mediados de los 90, desde la UGT-Región de Murcia, el catedrático de la Universidad de Alicante, Josep Antoni Ybarra, Miguel Poveda y Susana Narotzky. Allí aprendí la especificidad del mundo económico y del trabajo en estas regiones del sur del Sur de Europa y la necesidad de instrumentos analíticos y conceptos adecuados para abordarla sociológicamente.

Estos espacios colectivos (como el Seminario Charles Babbage) son un auténtico tesoro para el ejercicio de la investigación sociológica y hay que cuidarlos con esmero y dedicación. Hacer una tesis doctoral requiere de una gran conversación: un trabajo en equipo (con los colegas más cercanos) y de un trabajo en red (gracias a la diversidad de ámbitos de discusión que posibilita el ecosistema sociológico global).

También la contactación para el trabajo de campo sabemos que es un proceso social. En ese sentido, un interlocutor fundamental para “entrar al campo” fue el economista agrario Pedro Segura. Gracias a su labor profesional en el CEBAS-CSIC —esto es, el análisis económico de los procesos de cambio tecnológico en la agricultura intensiva— dispuse de una productiva agenda de contactos en las empresas, gerentes y técnicos. Ahora no recuerdo cómo fui contactando con los numerosos trabajadores agrícolas que entrevisté para la tesis, pero cada uno de ellos supuso la movilización de algún recurso social para su contactación.

4. A pesar de Weber, una tesis doctoral no está exenta de preguntas sobre los valores que han de orientarla: “¿en qué mundo quieres vivir?”, “¿qué escala de valores debe organizar nuestra existencia?”.

Cuando planteé la realización de una tesis doctoral sobre los trabajadores agrícolas de la agricultura intensiva, la metáfora sobre la construcción de una “California en el sur de Europa” estaba muy presente en el debate público, tanto como representación de una modernidad técnica del agro, como en sectores críticos que advertían sobre las lógicas de hiperexplotación de mano de obra inmigrante propias del modelo californiano. Mi toma de posición estuvo claramente decantada hacia una lectura crítica del modelo de desarrollo de la agricultura intensiva.

En esta lectura política influyó mucho la literatura, esto es, la lectura de obras literarias clásicas como *Las Uvas de la Ira* de John Steinbeck, *Elogiamos Ahora a Hombres Famosos* de James Agee y Walker Evans o *Cristo se paró en Ebolí* de Carlo Levi. Ha sido otra recomendación constante que he hecho a los doctorandos, el que traten de vincular la lectura de obras literarias a su objeto de tesis.

La literatura aporta un tipo de conocimiento muy diferente al de la bibliografía sociológica especializada, que Jacques Bouveresse denomina el conocimiento de una posibilidad: “porque ser consciente de una nueva interpretación de los hechos, ..., de una construcción que puede superponerse a los hechos, ..., es una especie de conocimiento” (Bouveresse, 2013, p. 86).

En los años de la tesis, me conmovió la lectura de las conversaciones de los aparceros de Alabama con los que convivió James Agee sobre sus modos de vida y trabajo. Aún recuerdo cuántas certezas me aportó la lectura de aquel clásico de la literatura norteamericana, entre otras, el convencimiento de que nuestra labor como científicos sociales no puede estar desprovista de valores (años después leí a Howard Becker reivindicar *Elogiamos Ahora a los Hombres Famosos* como una obra clásica de ciencias sociales de la que aprender recursos metodológicos como el de la descripción densa o el uso de la fotografía).

En las obras de John Steinbeck encontré una interpretación del modelo agrario californiano que hice mía en la escritura de la tesis doctoral y me ha acompañado hasta hoy. Está extraída de su reportaje sobre *los vagabundos de la cosecha*, que escribió en 1936:

“Cuesta creer las palabras de un gran empresario agrícola convencido de que, para que la agricultura de California resulte rentable, debemos crear y mantener a un contingente de peones. Si está en lo cierto, California deberá renunciar al simulacro de gobierno democrático que todavía sobrevive en este estado”.

En definitiva, estoy convencido que la literatura proporciona un acceso a un conocimiento de la realidad moral fundamental. Steinbeck, James Agee y tantos otros me ayudaron a comprender que, cuando

estudiamos cuestiones como las del modelo de trabajo de las agriculturas mediterráneas, estamos en el fondo preocupándonos por cuestiones profundas que tienen que ver con la democracia y con los procesos de democratización en nuestras regiones y países. Es el mejor argumento que encuentro para seguir interpellando al diálogo entre el político y el científico también el ámbito de nuestras investigaciones doctorales.

En los años de mi formación sociológica, tanto el profesor Juan José Castillo como la revista *Sociología del Trabajo*, nos proporcionaron una ventana abierta hacia la sociología de Italia y su rica investigación sobre la diversidad de los modos de desarrollo regional. Así, se abrió paso a la hora de plantear mi investigación doctoral, una preocupación por entender la estructuración desigual del espacio europeo y la posición subalterna de las regiones meridionales.

Leí a Gramsci deteniéndome en sus pasajes más territoriales, especialmente, aquellos en los que se abordaba la cuestión meridional como el resultado del desarrollo desigual que siguió la construcción y articulación interna del estado-nacional italiano. Con Gramsci, pero también con muchos otros autores de la sociología y geografía meridional (Enrico Pugliese, Costis Hadjimichalis, Arnaldo Bagnasco, Enzo Mingione, Josep-Antoni Ybarra y un largo etcétera) llegué al convencimiento de que el objeto de estudio que abordaba en mi tesis doctoral requería de ese marco político que conducía a la pregunta sobre si podemos afirmar que hoy todavía, dadas las dinámicas de desarrollo desigual, sigue planteada una cuestión meridional en las regiones del Sur de Europa.

La cuestión meridional, tal y como Gramsci enseñó a pensarla, “no consiste solamente en las relaciones históricas normales entre ciudad y campo, creadas por el desarrollo del capitalismo en todos los países del mundo” (Gramsci, 2024/1930, p. 233). No es la “cuestión campesina y agraria en general”, sino que está históricamente determinada por la forma en que tuvo lugar el desarrollo del capitalismo en Italia. Así, el pensador sardo pensó la cuestión meridional como una cuestión territorial: expresión del desarrollo desigual italiano entre el norte industrial y el sur campesino, esto es, como forma de explotación de las masas rurales meridionales por parte del bloque industrial-modernizante mediante una política de proteccionismo aduanero que perjudicaba a la Italia meridional y solo beneficiaba al Norte industrial. Gramsci puso todo su empeño político en defender en el interior del Partido Comunista de Italia, el trabajo político de construcción de una alianza entre el proletariado industrial del norte y el campesinado pobre del sur como estrategia de superación del desarrollo desigual y la explotación que, al tiempo, hiciera inviable la solución fascista al problema territorial.

Dado que la cuestión meridional está históricamente determinada, evidentemente la cuestión social de las regiones del sur de Europa hoy no se expresa con las mismas características sociológicas que las que estudió Gramsci. Pero, el modo en que la crisis global económica, social y política de 2008 se manifestó en las regiones del sur de Europa reveló la persistencia del desarrollo desigual europeo. Por ello, seguir planteando la actualidad del problema político del modelo desarrollo meridional, con los rasgos que se presenta hoy en términos de precariedad e informalidad del trabajo, es un fundamento para una sociología adaptada a la realidad de nuestras regiones. Con la tesis doctoral pude iniciar una toma de posición académica que, efectivamente, implicaba comprender el campo con el cual y contra el cual uno se ha ido haciendo (Bourdieu).

Referencias bibliográficas

- Bourdieu, P. (2006): *Autoanálisis de un sociólogo*, Anagrama.
Bourdieu, P. (2009): *El baile de los solteros*, Anagrama.
Bouveresse, J. (2013): *El conocimiento del escritor*, ediciones del Subsuelo.
Febvre, L. (1974): *Combates por la historia*, Ariel.
Gramsci, A. (2024/1930): *La cuestión meridional*, Verso.